

661225

Vida y obra de Pedro Prado

Por MIGUEL ANGEL DIAZ A.

La poesía chilena de fines del siglo XIX, languidecía lentamente después de permanecer enclaustrada por largos cincuenta años en sus viejos como anacrónicos moldes románticos. Desaparecidas hacia 1910 dos de las figuras más notables de la llamada poesía modernista —Carlos Pezoa Véliz y Pedro Antonio González— bardos auténticamente populares que habían asimilado algunas influencias de corte más bien temático de ese fluir lírico aportado por la figura ya legendaria del nicaragüense Rubén Darío, la poesía chilena de aquellos tiempos —insistimos— no llenaba el gusto de nadie, ni menos respondía a los nuevos cauces de renovación tanto formal como temáticos que hacían furor en Europa. PEDRO PRADO CALVO, nuestro flamante y esotérico poeta, laureado en 1949 con el Premio Nacional de Literatura, quizás si fue hasta la primera década del siglo XX, el último poeta chapado a la antigua, clásicamente romántico que existía en Chile, tanto o más como Diego Dublé Urrutia, Antonio Bórquez Solar y Ernesto A. Guzmán, pero que, gracias a sus notables condiciones de poeta metafísico por naturaleza, debido a su entronque genealógico (padre hispano y madre irlandesa), sumado esto a su esmerada educación hogareña, fue también con el tiempo el legítimo creador de un nuevo género estético en Chile y América, la voz más alta y autorizada en la *creación de la prosa poética*, manifestación artística ésta que por primera vez se hacía alusión en estas morenas tierras de América, aunque es preciso reconocerlo, con un atraso de cincuenta años como que ya este notable género estrófico había sido creado en Francia por Arthur Rimbaud y Charles de Baudelaire y en EE.UU. por el sempiterno

poeta de las sombras Edgar Allan Poe, como asimismo Pedro Prado incursionó también en el llamado verso libre o blanco, no sujeto a los opresores regímenes de una preceptiva rigurosa como ya nuestro poeta lo hacía notar al entregar a las prensas su primer libro de poemas "Flores de cardo" (1908), recurso estético éste que también ya había sido utilizado con mucha anticipación por figuras europeas e internacionales de primera plana como Walt Whitman, Gustav Khan en EE. UU. y Rimbaud en tierras galas.

Por otra parte, Pedro Prado no pudo sustraerse a la influencia ya manifiesta de otros poetas chilenos que venían constituyéndose en el suceso del momento, como fueron Augusto D'Halmar, Pablo Neruda y Gabriela Mistral y que junto a nuestro máximo exponente de la poesía filosófica en Chile, constituyen pese a tiempo ya transcurrido, los cuatro vértices mayores con que cuenta la mejor poesía chilena. Por estas circunstancias, Pedro Prado debió crear un género nuevo —la prosa poética— y así conservó su propia estatura artística sin opacar ni verse opacado frente a figuras de tan alta prosapia o levadura humana como las ya citadas. Así y todo, y pese a que Prado fue un maestro indiscutido en la creación del soneto como que tiene cuatro libros de su importantísima producción dedicados a estas composiciones, en la actualidad contados son los espíritus que lo recuerdan en tales tareas, sino como el representante más distinguido que tiene Chile y América en el campo muy limitado por lo exquisito de su concepción temática, la prosa hondamente lírica que podemos leer con la delectación más íntima en algunos de sus libros claves como "Los pájaros errantes", "La

casa abandonada”, “Alsino” y “Androvar”.

Si en 1949 alcanzó la más alta distinción artística que otorgan las letras chilenas —el Premio Nacional de Literatura— disputándola palmo a palmo con otras dos grandes figuras de nuestro parnaso literario como lo fueron el autor ciento por ciento criollista, maestro del cuento y novela campesinos, Luis Durand y el no menos celebrado folklorólogo de fama internacional, autor teatral e intérprete fiel de nuestras barriadas criollas, Antonio Acevedo Hernández, el Jurado de ese entonces —el Rector Juvenal Hernández, el poeta Carlos Préndez Saldías y el ensayista Mario Osses— los dos primeros votaron por nuestro poeta, ello obedeció a que se hacía justicia a un valor de excepción en el cultivo de las más altas expresiones del espíritu que por cuarenta años consecutivos, no sólo dio lustre y brillo inigualados a la cultura nacional, sino la calidad intrínseca de su obra artística ya había traspasado con creces aquellas fronteras siempre estrechas a una mejor y más amplia difusión de nuestros más grandes valores nacionales y que, hasta ahora, con excepción de Neruda, Gabriela Mistral, Carlos Droggett, Nicanor Parra y José Donoso, del resto de Chile en el plano de su literatura, no se tiene mayores conocimientos.

Pedro Prado no sólo es la expresión más alta que tiene la prosa poética en Chile y América, sino que también lo decantado de su estro, la profundidad de su función creadora, el rigor de su cuidada educación personal y su magnífico don de gentes, lo llevó también a erigirse en un novelador y ensayista de nota, sin abandonar en el fondo, como la nota característica de toda su obra como artista del intelecto, su fina como profunda urdimbre filosófica, corriente ésta de su espíritu que lleva a materializar en las dos obras clásicas de la filosofía integral del hombre: “Alsino” y su gran obra teatral, jamás representada, “Androvar”. Es por esto que hoy, cuando se habla como al pasar acerca de nuestros Premios Nacionales de Literatura, como entes grotescos, como seres momificados, no por la acción siempre destructora del tiempo, sino por el egoísmo humano que corroe al mundo, bien vale que recapacitemos un poco más acerca de estos desvaríos tan en boga hoy, cuando todo hace suponer que se ha perdido lo más

grande y sustantivo de nuestros valores humanos y la única manera de salvar del olvido a estas verdaderas cumbres en el concepto de nuestras más altas tradiciones de pueblos cultos por antonomasia es recordarlos no sólo por una nueva y necesaria relectura de sus mejores obras, sino también, refrescando la memoria de aquellos pobres de espíritu que se dejan influir por paradójicos cantos de sirena, leyendo a montones cuanta bazofia o subliteratura se atocha en los estantes de nuestras librerías. Esta pobreza de conocimientos literarios se hace también evidente en nuestras aulas escolares, donde nuestros estudiantes terminan sus humanidades sin tener un concepto claro, definido, aglutinante y vital de nuestro proceso literario, simplemente, porque nuestras autoridades educacionales, en especial aquellos que estudian nuestros planes y programas, jamás se han preocupado de “nacionalizar nuestras materias”, dándose la verdadera importancia a lo que es nuestro, destacando a nuestros valores, como sería el estudio en particular en literatura chilena, de nuestros Premios Nacionales y no insistir o detenerse con la morosidad monstruosa que todavía se requiere para pasar más o menos a la ligera, todo ese enorme caudal de literatura extranjera que es necesario meter a presión en los oídos de los alumnos, partiendo de algunos siglos antes de Cristo y prolongarlos hasta el presente.

Creemos que la vida y la obra de un poeta no cobra valor si no se va hacia las raíces mismas de su concepción creadora y como hasta el poema más ínfimo en cuanto a su importancia, es parte de su naturaleza interior, acaso de su vida misma, de sus experiencias o su imaginación, es necesario, entonces, retrotraer su figura, conocerlo en su rincón, en una palabra, conversar con ellos y conocer así de sus andanzas y desvelos, de sus derrotas y sus triunfos, de sus risas como de sus lágrimas. Sólo así, libres de otros obstáculos concomitantes, muchas veces simplemente creados por la fantasía de sus autores, podemos enfrentarnos al hombre y su circunstancia, como afirmaba en su filosofía humanista, José Ortega y Gasset. Tenemos así que Pedro Prado, más que una figura de carne y hueso como es el hombre en su estructura sicosomática, es un artista nato, un

ser privilegiado entre el resto de aquellos que nada esperan del mundo y de los hombres, porque nada deben tampoco al mundo, salvo su derecho a la vida. Por nacimiento, por educación, por su inteligencia y voluntad de acción creadora, Pedro Prado es un ser diferente ante el resto de sus iguales.

Nacido en Santiago, un 8 de octubre de 1886, en un hogar respetable, como que su padre don Absalón Prado, fue médico de excepción por su cultura y capacidad profesional, mientras su madre descendía de un apellido de rancia nobleza familiar —Calvo Mackenna— no conoció los sinsabores propios de los seres abandonados por la mano de Dios. Desgraciadamente, no cumplía aún los dos años de edad, cuando fallece su madre, hecho éste que lo perseguirá toda su vida, influyendo incluso para que su estro poético se tiñera en la mayor parte de sus obras de una suave como impalpable atmósfera de melancolía, de un dolor soterrado o elegíaco, de apagados tonos grises en muchos de sus poemas, como que, ansioso de reencontrarse con ella aunque sea en alas del canto, así él exclama en un fervoroso ruego al infinito: “La creé con toda la gracia que siempre me será ignorada y con toda la ternura que siempre me será desconocida. La tuve siempre en torno mío, con mi propia y dilatada emanación”. Una vez que termina sus estudios humanísticos en el Instituto Nacional, siempre como alumno distinguido, ingresa a la Universidad de Chile y allí estudia Arquitectura, aunque no se titula. En 1906, justo cuando Pedro Prado cumplía 20 años, fallece su padre. Este doloroso episodio lo trastornó totalmente. Desde ese día abandona su vida conventual, casi monástica, proclive a un misticismo que si no puro o total, por lo menos fue religioso. Luego, abandona también esta vida de recogimiento y se da a la simple aventura, recorriendo desatentado, como un loco, el largo litoral de nuestra patria, hasta que un día cualquiera lo tenemos de regreso por uno de los pasos cordilleranos del sur, como un pobre y desconocido arriero.

Su padre, que siempre lo mantuvo a su lado, educándolo bajo una disciplina de férrea conducta interior, le dejó un enorme caserón o casa de campo al final de la calle Mapocho 3775, cerca de lo que es hoy la Gruta de Lourdes, terreno que

se prolongaba hasta rematar en la famosa cuesta de Lo Prado. Allí, en esa enorme casona de campo, hizo construir nuestro poeta su propia “torre de marfil”, como todo buen poeta, haciéndose rodear de la famosa cofradía o Grupo Cultural “Los Diez”, que fundado en 1916, sirvió como sitio de reunión a un grupo privilegiado de sus amigos. Francamente, tal entidad cultural jamás se rigió por estatutos o leyes apropiadas al efecto, sino que esta institución que dirigía Pedro Prado y sirviendo a su vez como su mecenas o benefactor obligado, fue en el fondo una simple asociación de amigos reunidos en torno a un sentimiento común de hermandad espiritual, destacando funciones tan notables para aquella época como la de crear, por primera vez en Chile, una cooperativa de publicaciones literarias como que de allí salieron ediciones de obras tan valiosas como “Venidos a menos” de Rafael Maluenda; “La Hechizada” de Fernando Santiván; “Días de campo” de Federico Gana, más una “Antología de Poetas Chilenos” de Ernesto A. Guzmán, un Homenaje a Rodó con motivo de su muerte y un pequeño volumen referente a los músicos más notables de la época. En honor a esa cofradía de tipo intelectual y dado que cumplió un papel rector en la dirección y estudio de los grandes problemas artísticos de la época y porque fue la primera en su tipo en Chile vale la pena recordar sus primeros diez componentes, figurando a la cabeza como su director o presidente, Pedro Prado, secretario de actas el estudiante de Leyes Carlos Contreras Labarca; directores: Manuel Magallanes Moure, Ernesto A. Guzmán, Alberto Ried, Armando Donoso, Augusto D’Halmar, el pintor Juan Francisco González y los músicos Alfonso Leng y Acario Cotapos. La primera actuación en público de este notable círculo artístico se realizó en el salón de actos de la Biblioteca Nacional en septiembre de 1916, presentando en esta oportunidad al gran Hermano Errante, Augusto D’Halmar, quien dio lectura a su cuento “A rodar tierras”, quizás si la pieza más delicada escrita por este consumado escritor imaginista chileno.

Pedro Prado poseía una personalidad múltiple y, por sobre todas las cosas, esencialmente creadora. Desde sus años de estudiante universitario, empezó a

ocupar cargos de indudable importancia social y artística. En primer término, fue Presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, luego miembro de número del Consejo de Bellas Artes, Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, Director del Pen Club de Chile. Fue también, un activo y eficiente colaborador en varias revistas chilenas como "Zig-Zag", "Musa Joven", "Azul", "Dinamo", "Revista Contemporánea" (fundada por él en 1910, e igualmente "Los Diez", en 1917) y en revistas argentinas como "Babel" y "Nosotros". Su primer cuento, titulado "El maestro" lo hizo llegar a manos de su amigo y crítico de arte, Nathanael Yáñez Silva, quien lo hizo publicar en "Zig-Zag" en 1906. Por este tiempo y según Yáñez Silva, nuestro poeta siempre andaba con un libro bajo el brazo, destacando "Los pájaros de barro" de Santiago Rusiñol, que influiría, por lo demás y en forma palmaria, posteriormente, desde luego, en su libro de prosas poéticas "La casa abandonada".

Aristócrata por origen y por talento, ocupó además de los cargos ya indicados, otros de alta representación sociocultural. Así, por ejemplo, el 10 de octubre de 1950, es elegido Miembro Académico de la Lengua, reemplazando a don Arturo Alessandri Palma. Fue también diplomático, desempeñándose como Embajador en Colombia, en el primer Gobierno de Ibáñez (1929), donde vivió una de sus más celebradas anécdotas, ya que, bajo su espíritu o talante en apariencia serio o adusto, se escondía una de las expresiones más sublimes del humorista fino y satírico como pocos pudieron igualársele. Se cuenta que con ocasión de su despedida como Embajador que terminaba sus funciones, fue invitado todo el Cuerpo Diplomático residente, correspondiendo al Embajador de Inglaterra ofrecer la manifestación y como éste sabía o lo informaron (amalmente, por supuesto) de nuestra tradicional debilidad por la cháchara vana, este señor pensó ofrecer o dar una lección y fue así como en el momento de dirigir la palabra, sólo atinó a decir, en forma seca y lacónica "Buen viaje, mister Prado", sentándose sin más trámites. Nuestro poeta que era maestro para contrarrestar esta clase de exabruptos, ni corto ni perezoso, de pie y cogiendo en apariencia la copa con champaña, replicó con su sarcasmo característico: "Gracias", con lo cual no sólo dio

una lección de buenas costumbres al Embajador, sino también dejó con un palmo de narices al resto del Cuerpo Diplomático.

Fue, por último, un hombre de hogar, casándose con doña Adriana Jaramillo, en 1907, de quien nacieron nueve hijos. Amigo de contemplar la naturaleza y practicar la meditación en el terreno de las grandes disquisiciones metafísicas, los últimos años de su vida los pasa indistintamente, en su fundo "Las Mercedes de Dumuña" en Concón y en su residencia veraniega de Viña del Mar, calle La Marina 86, donde fallece en medio de la consternación de los suyos, de un ataque cerebral, a medianoche del 31 de enero de 1952. Destacando sus rasgos personales como hombre y artista integral que fue en todos los actos de su vida, Ernesto Montenegro, el inefable autor de "Cuentos de mi tío Ventura", dijo entre otras cosas: "El sentimiento de superioridad innata que se transparentaba en la persona de Pedro Prado como a despecho de su voluntad, sabemos ya que tiene su sanción fatal en ese distanciamiento de todo y de todos, que colma sus horas de soledad, en la secreta angustia del aislamiento. Dudo por esto que aun entre sus amigos más entrañables llegara este hombre a sentirse enteramente a sus anchas, totalmente bien comprendido o que alcanzara la convicción de que alguien pudiese realmente enseñarle algo. ¿Se ha pensado alguna vez, si no, en que éste es uno de los poquísimos escritores chilenos que desdeña citar autores o textos como si el afán de indagar dentro de sí mismo, no le dejase ni tiempo ni disposición para hurgar en el pensamiento ajeno? Así en vez de imitar a Tagore en la época de su mayor resonancia como tanto snob criollo, Prado se atreve a subírsele a las barbas, inventándole un rival en ese Karez-Y-Roshan, un mito poético casi tan celebrado en su día y en su medio, como Ossian del profesor Mac-Pherson entre los suyos".

Como poeta metafísico y espíritu abierto a la meditación y el ensueño onírico, Pedro Prado no tiene émulos en América. En sus versos como en su prosa poética, es más importante el juego de las imágenes que no la pasión despertada, le interesa el elemento asaz discursivo, frío, racionalista, sin pizca de apasionamiento o calor emocional. Está ie-

jos, como Gabriela Mistral o Pablo Neruda, de acercarse a las cosas mínimas de la vida, al cosalismo integral del mundo, sino que en su afán de las aitas meditaciones filosóficas, busca el origen, la explicación racional de los sentimientos, actuando en una palabra, más con el cerebro que con el corazón. De ahí que su obra, de elevada alcurnia intelectual, es fríamente pensada, casi pegada al símbolo o rito oscuro de las cosas, sin que asome la pasión liberadora de los sentimientos humanos. Por naturaleza o idiosincrasia personal, Pedro Prado jamás pensó traicionar su espíritu crítico o racional, guardando en lo más íntimo de su alma, la verdadera naturaleza de su ser. Por lo demás, el recuerdo de la pérdida de su madre cuando apenas él contaba dos años de vida, lo hizo atrincherarse en un mutismo de carácter emocional, con lo cual él mismo es una isla dentro de ese continuo agitar de los acontecimientos humanos.

Es tan apremiante y tan íntimo el fervoroso recuerdo de su madre ausente que el poeta la llama siempre desconsolado, próximo a desfallecer ante la posibilidad que ella escuche su llamado y viva tan sólo por un momento con su hijo eternamente solo. En su maravilloso soneto "Yo soy aquel" de su libro "No más que una rosa", vemos la serena belleza con que el poeta transido de emoción, canta a su madre que vive en los repliegues mismos de su alma. El soneto dice así: "Yo soy aquel a quien no modelara/ caricia de mujer en tierna infancia/un boceto inconcluso, un alma rara/siempre como sumida en la distancia./Callado, solitario y pensativo/gestando estoy la madre que añoro;/su remoto recuerdo apenas vivo,/cuando empieza a surgir me turbo y lloro./Augusta sombra de mi sueño nace;/hija de mi pensar, mi madre acude;/prosigue su tarea y así rehace/su obra./Incluso ella me reanuda./¡Oh madre, nuevamente me acompañas!/¡Oh alegría al gestarte en mis entrañas!". Esta misma alta y serena belleza de su poesía, la refleja en cascadas milagrosas en su soneto titulado "La rosa inefable", de tan delicado señorío que parece eclipsar al maravilloso poema "Le vase brisé" de Sully Prudhomme. El soneto de Pedro Prado dice así: "Belleza de la rosa transparente,/parece va a trizarse si suspiro./Temeroso, me finjo indiferente;/apenas hablo, apenas si la miro./Más que verla,

en el aire la respiro./Circula mi sangre en la corriente/con el ritmo de paz de este retiro/moviendo el corazón desfalleciente./Belleza de la rosa, indescifrable,/concreción de lo infinito y de imposible./Nadie diría que una flor nos hable,/y la rosa, ante mi alma tan sensible,/va diciéndome siempre lo inefable/y mostrándome siempre lo invisible".

Como la expresión más alta del verso libre en América, jamás aceptó en sus composiciones el sometimiento a una métrica normativa, a tal extremo que pretendió escribir sonetos no al famoso "itálico modo", es decir, sujetándose a una preceptiva determinada o tradicional, con lo cual sólo consiguió resentir un tanto la claridad meridiana o transparente de su estro aceptuadamente filosófico-místico. Sin duda que por encima de estos despropósitos, en cierto modo explicables en poetas de gran calado como lo es nuestro vate, lo cierto es que Pedro Prado supo imponer su credo estético, como creador de un nuevo lenguaje poético en especial cuando leemos sus delicados bocetos en prosa, donde el poeta puede explayar con amplitud el alto tono de su registro lírico, alcanzando páginas soberbias de regalado sabor artístico, materia ésta que Pedro Prado la acoge para sí, tomándola directamente de la gran tradición que en tal sentido existía ya —cincuenta años atrás— en las grandes capitales del mundo occidental.

Así las cosas y cuando Pedro Prado publica su primer libro de poemas de incipiente y flaco lirismo como todo iniciado en estas prácticas siempre esquivas para aquellos no dotados, titulándolo "FLORES DE CARDO" (1908), empieza también, en Chile, el verso blanco o libre, sin sujeción a trabas o impedimentos de tipo métrico que terminan por sofrenar ese espíritu de libre creación artística, y que es, por encima de cualquiera otra imposición, la más esencial o sustantiva en el arte de crear una poesía de tipo original. Con este poemario se ponía término definitivo a cincuenta años de poesía tradicional o romántica tan en boga en poetas del pasado como Guillermo Blest Gana, Salvador Sanfuentes Torres, Eusebio Lillo, Guillermo Antonio Matta, etc., como también, se innovaba en los cartabones de la poesía modernista que impuesta por Darío, la practicaban en parte poetas populares de acrisolada inspiración como Pezoa Véliz y Pedro

Antonio González, poesía que logró imponerse hasta los primeros lustros del siglo XX. La nueva concepción poética que ahora imponía Pedro Prado, especialmente en el campo de la prosa, exigía el desplazamiento definitivo de aquellos moldes hasta ese tiempo modernista, caracterizados por esa superposición de planos simplemente decorativos, teñidos de ese oropel siempre engañoso, dándose paso ahora, al estudio de una nueva problemática existencial del hombre y su circunstancia. El poeta emotivo, que vive acosado por una serie de recursos un tanto manidos, que gusta vivir de las superficialidades de la vida, queda totalmente al margen de esta nueva poesía y, por lo tanto, si quiere sobrevivir, debe incorporarse a esta corriente de suyo filosófica como mística, como es la que estila en estos momentos, pese a que la llamada poesía actual, con ser decididamente oscura, hermética o incomprensible para los neófitos en la materia, ha perdido también gran parte de su contenido emotivo o simplemente pasional. "Cuando Pedro Prado publica su poemario "Flores de cardo" (1908), a los 22 años, hay dos autores extranjeros en boga que se asemejan por la forma o el espíritu: Eduardo Marquina (español) y Francis Jammes. Como el primero, Prado se expresa en verso libre, de tono discursivo o intención filosófica. Del francés, tiene la simpatía cordial, la frase transparente y un sereno misticismo panteísta. Hay poemas de este libro que bordean peligrosamente lo decorativo y lo rapsódico a la manera de Rodó, así como los sonetos de la edad madura se pierden en el conceptismo de ciertos místicos españoles", así por lo menos lo afirma Eugenio González, poeta y filósofo chileno.

En sus dos obras posteriores "LA CASA ABANDONADA" (1912) y "EL LLAMADO DEL MUNDO" (1913), empieza por interesarse en la prosa poética, dando plena libertad no sólo a la forma sino al contenido, siempre ahondando en el pensamiento filosófico de tipo místico o de acercamiento a Dios, mediante una serie de parábolas o apólogos, de cuyos trabajos pueden deducirse profundas consejas o moralejas, fácilmente comprensibles para toda clase de diletantes. Su estilo es llano, sin alambicamientos inútiles, buscando siempre la expresión justa, medida al centímetro, que

traduzca por sobre todas las cosas, ese enorme fluir interno de pasiones y sentimientos que agitan constantemente la naturaleza interna del ser. Pero donde alcanza la cima o pináculo de su mejor estilo y concepción creadora, donde la prosa adquiere la transparencia de una atmósfera sin nubes, es en su libro liminar, quizás si el más característico de toda su producción, "LOS PAJAROS ERRANTES" (1915). En esta obra está lo mejor del estro poético de nuestro autor, la máxima concreción de sus ideas, la libre expresión de sus sentimientos y el sortilegio de sus mejores hallazgos estéticos, tanto de forma como de contenido. Veamos un pequeño ejemplo: "Qué poder inestable es el tuyo, ¡oh mar!. Te mueves, cambias, vas y vienes y todo lo haces dentro de ti mismo. Porque tú te bastas a sí propio, yo te envídió. Porque aún vives la hora de la acción que movió el nacimiento del mundo, te amo como a un abuelo. Porque cambias y cambias sin descanso, comprendo que tu esencia es infinita. En tus manos de artífice me entrego. Me entrego. Me entrego como un guijarro que canta, porque las olas lo pulen y tornan en una joya. En una joya perdida que nadie encontrará en la vasta extensión de la playa desierta".

Antes, en 1913, publica la primera de sus tres únicas novelas: "LA REINA DE RAPA NUI" que, junto al poema novelesco "ALSINO" (1920) y "UN JUEZ RURAL" (1924) constituyen un triple perfecto de relatos novelescos, destacando a mucha altura sobre el resto de estas obras, su poema "Alsino" porque en la historia un tanto truculenta que allí se plantea —un niño jorobado a quien le nacen alas y se remonta hasta alcanzar el sol, muriendo horriblemente quemado—, representa también un principio filosófico, un símbolo de nuestros tiempos, ese difícil como soñado remontarse del hombre de la simple materia que lo envuelve a las etéreas e inalcanzables regiones del espíritu. He ahí el valor existencial, más que nada ético de esta obra, superando largamente a "La reina de Rapa Nui" que, en el fondo, es un sentido homenaje a los pueblos primitivos, con sus leyendas y mitos consiguientes, centrando la acción en nuestra Isla de Pascua y también, a la obra "Un juez

(Termina en la pág. 43)

(De la pág. 38).

rural" que no es sino la historia de un hombre burgués que oficia de juez en una pequeña comuna —la de Renca, en este caso—, simplemente, para aplicar con mayor ecuanimidad un nuevo concepto de justicia. Es en sí una crítica sabiamente aplicada a nuestra ciega justicia ordinaria.

El resto de su producción artística como "DIEZ POEMAS" (1915), "ENSAYO SOBRE ARQUITECTURA Y POESIA" (1916), "LAS COPAS" (1921), "ANDROVAR" (1925), poema dramático éste de un contenido filosófico francamente admirable y que refleja en su línea más pura el credo filosófico de que hacía ostentación la recia personalidad de su autor, esto es, una filosofía crucial, existencialista a medias, difícil de comprenderla en la totalidad de su extraña trama; "CAMINO DE LAS HORAS" (1934), donde el sino filosófico-místico llega a su climax máximo, premiada con el Premio Municipal de ese año, más el Premio "Roma" de la Colonia residente; "OTOÑO EN LAS DUNAS" (1940); "ESTA BELLA CIUDAD ENVENENADA" (1945) y "NO MAS QUE UNA ROSA" (1946), estas cuatro últimas obras expresamente escritas en sonetos de gran pureza formal y profundo con-

tenido temático, no hacen sino confirmar las nobles condiciones artísticas que adornaban a Pedro Prado Calvo, un poeta tan notable en su prestancia física que, según Eduardo Moore Montero, su gran amigo, era capaz de voltear un hombre de una soía bofetada, como realmente lo hizo en el antiguo Salón de Té "Lucerna", cuando después de una airada discusión, de una sola trompada logró que un sujeto atravesara limpiamente los vidrios de la mampara... como igualmente no le iba en zaga su enorme acervo artístico, ya que, también, además de poeta, novelista y ensayista, fue asimismo, un virtuoso en el arte de la pintura y la escultura, esculpiendo en hermosos monumentos, las figuras muy apreciadas para el poeta de Manuel Magallanes Moure y Juan Francisco González, monolitos que adornaban el gran patio de entrada de su vieja casona de campo ubicada allá en Mapocho abajo, en suma, la notable, como polifacética personalidad de Pedro Prado ha marcado toda una etapa de progreso y reafirmación artística para nuestra cultura nacional como para las nuevas generaciones que ven en tan alto poeta, la expresión más acabada de los nobles postulados del arte y de la vida.

M. D. A.